

El arte a través de los tiempos

Bernardo Tanur

No podemos sustraernos e ignorar como médicos en el ejercicio universal de la medicina la teoría evolutiva. Con toda seguridad el *homo sapiens* es el principio y un fin todavía no concebido, para encontrar como objetivo final de nuestras acciones, dentro de la evolución biológica natural de obtener inteligencia, el criterio y la sabiduría para vivir una existencia plena en igualdad y en justicia.

El ejercicio de la acción médica, como objetivo y proyecto, consiste en abordar y tratar de resolver los problemas de la salud integral del hombre.

Con toda seguridad, esta acción principió desde épocas primitivas, cuando las comunicaciones entre el sano y el enfermo se hacían a través de mecanismos instintivos, aprovechando los elementos de la naturaleza y la lógica como factores de alivio como el calor, el frío, el fuego y el agua. En la actualidad seguimos utilizando estos elementos de una manera u otra. La observación y la palpación iniciaron su trayecto para definir con alguna precisión el proceso morboso.

Un factor fundamental que sigue prevaleciendo es la inmensidad de la relación de un ser que toma contacto con otro que se duele, es la magia. Su nacimiento y desarrollo aún no terminan; su influencia persiste por mecanismos que no se comprenden en su totalidad, a pesar de todos los avances pero, como cualquier fenómeno, existen.

Tanto el hombre primitivo como el actual siguen sintiendo, posiblemente, en la misma dimensión el miedo y el pánico, factores fundamentales que el facultativo y el empírico aprovechan para canalizar, orientar e incluso obtener obediencia del que sufre.

La medicina griega, a través de Hipócrates y de Galeno, contribuyó con un parteaguas preciso con el estudio de la fisiología y a través de ella el comienzo de la clínica. El genio de Hipócrates, padre de la Medicina, pudo definir con un talento inaudito la composición de funcionamiento del interior de nuestro organismo, concluyó demostrando que sostenemos una acumulación de líquidos con una distribución especial; reconoció, además, que al estudiar sus alteraciones en sentido positivo o en sentido negativo, se podría llegar a un diagnóstico de equilibrio (eucrasia) o de moderado a franco desorden (discrasia). Por lo sublime de sus escritos de valor perenne, llamados aforismos, para reconocer dichos eventos de salud o enfermedad, se requiere sustentarse como base en interrogar (historia clínica), reconocer (examen físico) y, además, observar en profundidad.

Como en todo ejercicio humano, cuando la humanidad reconoce a un genio, este debe soportar limitaciones, enfrentar obstáculos y sufrir los prejuicios que impiden su desarrollo. Sin embargo, también puede recibir estímulos y tener seguidores que hacen perdurar su obra. Galeno, en relación con Hipócrates, fue uno de estos últimos, pero su actitud prepotente, su celo y su exceso de autoridad, impidieron que progresaran algunas teorías que se pudieron modificar; aun así, por lo menos apoyó y promovió la investigación.

Para comprender los procesos patológicos se requería profundizar no sólo en el aspecto del movimiento de nuestros líquidos y secreciones, sino en la interpretación lo más lógica posible de la lesión que la enfermedad deja en los tejidos. Prueba de esto es la dedicación de William Harvey, descubridor de la circulación, lo que en su tiempo fueron a la vez mínimos y grandiosos detalles. También está la obra de Virchow con la observación de las manifestaciones externas (patología externa) e internas (biopsias y

evaluación post-mortem), con lo que dio lugar a un enorme adelanto para poder llegar a diagnósticos certeros por el tiempo y la circunstancia.

Pero lo valioso y apasionante para el médico en general y para el internista, inclusive actual, fueron las enseñanzas de Charcot en Francia, con sus famosas sesiones clínicas, donde enseñaba a sus alumnos a escudriñar, y practicar el arte de la observación detenida y precisa, ejercitando la relación médico-paciente, sin límite de tiempo y la educación del muy famoso “ojo clínico”, complementado con la sensación inmensamente personal de la palpación, percusión y la auscultación, aportación prodigiosa de Laennec.

Charcot, posiblemente sin proponérselo, “contagió” nada menos que a Freud, uno de sus más asiduos oyentes y alumnos, visitando al genio francés desde su nativa Viena; surgió en su mente, paradójicamente, pero sin dejar las bases que aprendió del gran clínico, la idea de llegar a lo más recóndito del fenómeno de la psique, relacionándolo con el que sin duda es el inicio, a pesar de las inevitables discordancias. Pasteur, con el descubrimiento del inmenso espacio microbiológico y Ramón y Cajal en el campo celular neurológico, dieron lugar a los arranques de la medicina micro cósmica.

En el siglo XX llegaron las catástrofes y también, paradójicamente, nacieron los avances.

En la primera Guerra Mundial, Eppinger tomó ventaja de los fallecimientos por ictericia, de soldados que por diversas razones la padecieron y estudió el sistema hepato-biliar. Sus conclusiones demostraron lo insostenible de la teoría Virchow, quien proponía que el tinte amarillo de las mucosas y la piel se debía a una obstrucción extrahepática. Eppinger demostró, además, que el hígado podría ser el culpable. La teoría organicista empezó su largo camino, que por supuesto aún no termina. Por su parte, Erlich, tras pacientes y largos estudios que le llevaron al tratamiento de la sífilis con la arstenamina, ganó el título de precursor de la experimentación. Los esposos Curie con sus brillantes estudios sobre el radio; Roentgen con el descubrimiento de los rayos X, abrieron el enorme campo de la radioterapia y la radiología.

Antes de seguir adelante, no podemos soslayar a los grandes hombres y científicos que con su destreza, iniciativa y genio, contribuyeron al también arte del “acto quirúrgico”.

Kocher y Reverlin iniciaron la cirugía endocrinológica y trazaron la pauta para grandes avances en este campo.

Billroth fue uno de tantos, quien desde las extracciones primitivas de un simple absceso, hasta las marañas modernas de la cirugía actual, mostró en las intervenciones gastroenterológicas su enorme bondad artística. Hay que señalar que este hombre que hizo grandes contribuciones, fue el que estimuló más la vanidad, el exceso de autoritarismo y los extremos en las actitudes de muchos cirujanos. A pesar de ello, ahora sería imposible dejar de reconocer “a los nuevos Billroth, que con toda seguridad necesitarían de un Charcot (aislado en su potencia) y a Freud, y por favor mucho ojo, compañeros, y viceversa”. Esto último demuestra la necesidad de que todas las acciones médicas deben ejercerse con sublime humildad, apoyada en una máxima sabiduría y un esfuerzo conjunto, de grupo, sofisticado sí, pero congruente y creativo.

Papanicolaou, en la histopatología diagnóstica, fue un parteaguas esencial.

Las condiciones circunstanciales en la historia del hombre a través de los siglos han propiciado adelantos naturales que se han observado en la historia de la Medicina. Hay diversos parteaguas sustanciales que han originado lo que es la Medicina de hoy.

Se está entrando en una época de insólitos acontecimientos que transformarán la práctica médica, desde los trasplantes hasta la inefable clonación.

Sin embargo, he aquí lo magnífico y a la vez lo paradójico, a pesar de lo inmenso y productivos avances técnicos, todos reconocen la necesidad imperiosa de proseguir un minucioso examen físico a pesar de los, a veces, cruentos y no cruentos, pues esa es la esencia fundamental del seguimiento, del tratamiento de un paciente y la base de un profesionalista para transferir o no un paciente a otro facultativo para su curación. La función del internista es integral y se refleja en la historia. Como ejemplos importantes, pero no únicos, son los eminentes clínicos pilares de la Medicina Interna que han conjuntado la labor de indagar sobre la psique y el cuerpo.

En el siglo XX y en los que vienen no puede soslayarse la labor de acuerdo con las circunstancias históricas en que vivirá el individuo. Esta labor de los profesionales es imperativamente básica para el futuro en las próximas generaciones. Sin embargo, en ninguna forma pueden ser individualistas; debe accionar al grupo tanto de sub-especialidades como de las que no deben ser ajenas a él. He aquí la importancia del que escudriña el cuerpo y el alma, y a través de la exploración define el camino para

la prevención, tratamiento y rehabilitación del individuo que consulta.

El internista espera del especialista en diferentes ramas su cooperación para que su dirección sea la correcta, y espera del cirujano la extirpación adecuada de un proceso morboso por el arte mismo. En este aspecto, su ayuda es fundamental. En el esfuerzo por obtener la total recuperación de la salud de un individuo, el papel del cirujano es prominente, pero también limitado a la acción técnica del arte que puede ofrecer el clínico, llamado así en el siglo pasado, en la Europa de entonces y en la herencia que captó Argentina, es una cooperación recíproca para conjuntar tiempo, esfuerzo y criterio. Para llegar a un diagnóstico certero y poder resolverlos por el bisturí mágico; no sólo eso, sino para entender que la fisiopatología de ese individuo operado se altera, a pesar de una magnífica intervención, sino que precisamente la dualidad psicósomática y su alteración en uno u otro lado persisten no sólo en un postoperatorio inmediato, sino mediato, inclusive prolongado. Ahí es donde vuelve a tener importancia y se requiere la comprensión del mismo cirujano, la actitud y la acción del internista, para el seguimiento ordenado de la evolución del paciente. Trabajo de ida y vuelta.

Talento, intelectualidad, arte y técnica deben complementarse en el cambio alopático y profesional entre el internista y el cirujano, evitando invariablemente la prepotencia.

En el mejor conocimiento humanista debemos comprender que el ser tiende a la depresión y a la temible soledad.

La Medicina Interna en nuestro país ha sido un punto de partida magnífico para el desarrollo de nuestra profesión. A principios de siglo destacaron Terrés y Jiménez, luego Ortiz Ramírez, Chávez, Fournier y Zubirán, entre muchos otros. En 1974 se fundó la hoy prestigiada Asociación de Medicina Interna de México, con su excepcional Consejo dos años después.

Uno de sus objetivos ineludibles es efectuar con arte un diagnóstico integral, con eficiencia y ética, con las armas de Hipócrates ante el reto de la modernidad.

En la última mitad del siglo XX la evolución de la medicina ha sido avasalladora pero no debemos olvidar la contribución notabilísima del gran médico y filósofo, Ramón y Cajal, premio Nobel, quien sentó la base de los progresos posteriores al describir con amplitud visionaria la estructura y funcionamiento de las células del sistema

nervioso y su comportamiento. Contribuyó ampliamente no sólo en la clínica para la descripción de los padecimientos de ese tejido tan fino y misterioso, sino hasta del tratamiento médico y quirúrgico, las enfermedades que de ahí provienen, previendo la regeneración, plasticidad sustantiva y hasta de los trasplantes.

También nos dejó grandes enseñanzas, una de las cuales se aplica en la época actual: “más que escasez de métodos, hay miseria de voluntad”, y la progresiva pérdida de valores en la era contemporánea.

Después llegó, a mi entender, el inicio de la era celular, los exámenes postmortem más complejos, más adecuados, más estudiados en los misterios de los tejidos, además, la adición no sólo de microscopios simples, sino de ultramicroscopios, que hicieron penetrar al mundo científico en la era subcelular. Se pudo ver, entonces, cómo funcionaban y en qué consistía la estructura de las membranas, el citoplasma, con sus pseudópodos protoplasmáticos y sobre todo el núcleo. Ese núcleo que al verse descubierto nos hizo ver con más precisión, no sólo el cómo, cuándo y en qué forma se inicia el ciclo biológico sino que abrió las puertas de lo que posteriormente y en la actualidad son elementos que sientan las bases del futuro no sólo de la clínica sino de la revolución de los tratamientos. Tal es el caso del descubrimiento claro de los ácidos nucleicos, lo que originó el camino para encontrar nada menos que los códigos que nos llevarán de la mano hacia otra época, hacia otra era. Así, hemos llegado a conocer más a fondo toda una especialidad, la biología molecular.

En la década de 1960 se consideró que al conquistar, o por lo menos llegar a la Luna, se estaba en el preámbulo de una serie de descubrimientos que nos iban a llevar a conocer con rapidez el macrocosmos. Sin embargo, conociendo que existe más de un universo, dicha cobertura sigue siendo lejana. En la misma forma, cuando llegamos a la biología molecular tuvimos la sensación de llegar al conocimiento pleno de nuestro ente biológico, pero en esencia el cosmos todavía está muy lejano de ser conocido en toda su dimensión.

En cierta forma paradójica y a pesar de los enormes logros de la ciencia, el arte del diagnóstico reside en ejercitar al máximo la conciencia, la sabiduría, el conocimiento, la pasión y entrega de un médico para poder llegar a la certeza de lo que ocasiona un proceso morboso. Uno de los factores fundamentales para llegar a tal culminación sería, nada menos, que la historia clínica que inició Hipócrates

y que lo han seguido tantos miles y millones de médicos que nos han precedido. Ofrecer al paciente el tiempo, la compasión, la habilidad, la cuidadosa percepción, percusión y observación del enfermo, siguen siendo los pilares del arte de la Medicina actual.

Sin embargo, hay enormes retos que incluyen la explosión demográfica, las ideologías políticas extremas ya sean de derecha con su contraparte con su consumismo o de izquierda con su contraparte el burocratismo; la influencia que están y estarán teniendo en forma permanente los necesarios seguros cuya intervención a través de una medicina administrada tan estructurada, hará que nuestra relación y nuestro juicio ante el paciente se vea limitado. El incremento de la Medicina defensiva, con sus enormes gastos, influirá en las decisiones facultativas. Aquí la cibernética está jugando un papel avallasador para bien y para mal, que todos conocemos y nos asusta; y a propósito: ¿saben ustedes por qué la computadora es femenina? Porque: *a)* nadie más que su creador entiende su lógica interna; *b)* el lenguaje que usan para comunicarse con otras computadoras es incomprendible para todos los demás; *c)* hasta los más mínimos errores son retenidos en su memoria para después mostrárnoslos en un momento oportuno y de amargura.

Hoy, más que nunca, no sólo se requiere el compromiso del que ejerce la acción médica ante su paciente,

sino que se exige que esté en conocimiento pleno de las realidades sociales, políticas, económicas y culturales del mundo que lo rodea. Considero que es el único camino para unir conceptos y proyectos para sostener y estimular una medicina efectiva, coherente y sobre todas las cosas luchar a brazo partido para recuperar el humanismo y todo lo que ello significa para el futuro del ser humano, donde, en obviada, nuestro gremio tiene un papel fundamental, en un mundo que infortunadamente no ha mostrado su voluntad pacífica.

Las atrocidades que observamos en esta era súper tecnológica (disfrutada sólo por 15% de la población del orbe) han superado las anteriores y han dejado muy atrás los cuentos de Edgar Allan Poe y de Jorge Luis Borges; han sobrepasado la ficción.

Sólo recientemente nos hemos ocupado de condicionar el ejercicio profesional con normas que intentarán promover la ética y la bioética, siempre y cuando los acontecimientos plagados de intereses y soberbia, así como de extremos, nos lo permitan en este parteaguas histórico.

¿A caso es la lucha entre el sueño hipocrático en contra de un oscurantismo amenazante, o volvemos a las épocas del hombre, que entonces se consideró sabio? Y ¿recomenzaremos el ciclo?

Bernardo Tanur